El pintor Cecilio Plá, en su taller de Madrid

CERVANTES, MÉDICO

Como médico y entusiasta admirador de la colosal figura literaria del hombre que honró las patrias letras, y cuyo nombre glorioso sirve de epígrafe á estas líneas, no sorprenderá á nadie que me ocupe, bajo el punto de vista médico, del esclarecido español, que mereció el honroso título de Príncipe de los ingenios, en justo tributo á su maravilloso talento, que le hizo acreedor á la inmortalidad de que goza, sin que tres siglos la hayan disminuído en un ápice; hecho, el de estudiarle bajo aquel concepto, que no parecerá atrevimiento mío, en atención á haberlo ejecutado distinguidos escritores médicos, con cuya autoridad y ejemplo me amparo.

Dichos autores, y entre ellos el señor Morejón, en su *Historia de la medicina española*, consideran á Cervantes como médico y profundo observador alienista, por la original descripción del extraño caso de locura que presenta en el principal personaje de su inmortal libro, que puede considerarse, con muy ligeras variantes, como la historia perpetua de la Humanidad en el pasado, el presente y el porvenir.

Aunque Cervantes, por su natural talento, su notable perspicacia, su maravillosa retentiva, y sobre todo, por la excesiva afición que él mismo confiesa tener á la lectura, pudo ver muchos libros y adquirir nociones de varias ciencias, que supo traer á cuento y aplicar con mucha oportunidad en varios pasajes de su imperecedera novela; no creo que pretendiera hacer, de propio intento, un estudio y exposición del caso de enajenación mental de que supone poseído á su héroe.

Varias son las opiniones que desde la aparición del libro hasta nuestros días se han emitido acerca del objeto que Cervantes se propuso, al escribir su *Don Quijote*, y hoy es el momento en que aun no han llegado á ponerse de completo acuerdo los críticos y los comentadores, no obstante convenir todos en que no fué su único fin desterrar la extravagante y hasta perniciosa lectura de los disparatados *Libros de Caballerías*. No era preciso emplear tanto tesoro de talento y tanto caudal de erudición como el libro revela, para ridiculizar y desterrar un uso que hubieran destruído al fin la reflexión y el buen gusto.

Con efecto; hoy ya no se estilan libros de Caballerías, ni apenas se conocen, y si aun existiese algún raro ejemplar, dudo haya quien se atreviera á leerlo; y sin embargo, el libro, escrito al parecer contra aquellos, goza el privilegio de no envejecer; se lee con gusto, y cada vez que se hojea, parece leerse una obra nueva, encontrando en ella lances, peripecias y consideraciones que están en consonancia con las costumbres, usos y ridiculeces de la época moderna.

Por eso, en mi humilde parecer, considero el *Don Quijote* como una historia burlesca de la Humanidad; y en la esencia, variando sólo en la forma y en los accidentes: de aquí el perpetuo entusiasmo que inspira, y la aplicación que del libro puede hacerse á todos los tiempos y circunstancias.

Considerada con detenido y filosófico examen la referida y admirable concepción, parece imposible que, á pesar del sorprendente ingenio de su autor, sea obra de un hombre y obedezca á un plan concebido y meditado de antemano. Parece más bien un libro inspirado por una revelación superior, por una intuición maravillosa, como algunas, aunque muy contadas, brillantes y siempre jóvenes producciones que han brotado de la imaginación de sus autores, sin que éstos hayan podido comprender y explicar la razón de haberlas escrito.

Los que han considerado á Cervantes como observador y expositor, por ciencia adquirida ó infusa, de los diferentes casos y caracteres de la enajenación mental, hacen notar á los alienistas modernos que á los géneros de locura pacífica y normal, llamémosla así, ya conocidos y estudiados, hay que agregar uno nuevo, que pudiera denominarse *locura contagiosa*, tan perfectamente descrita en la que al ingenioso hidalgo dominaba.

La influencia de la monomanía que aqueja al héroe protagonista del libro, se extiende y domina á las personas que se hallan relacionadas con él, ó que accidentalmente le tratan; y hasta muchos de los personajes que figuran entre los varios episodios intercalados en la narración, se hallan dominados, en mayor ó menor grado, de su especie de locura. «Citaré algunos ejemplos; porque consignarlos todos sería empresa larga, sino molesta, y digna de un libro bastante extenso. El socarrón y ambicioso Sancho, aunque dotado de natural criterio y excelente *gramática parda*, llega á tomar por verdades los razonados delirios de su amo; espera confiado el cumplimiento de las promesas que le han de llevar á la prosperidad y á la buena y descansada vida, — ideal perpetuo de la Humanidad, en que todos sueñan y tan pocos realizan, — y hasta se persuade de ser cierto el encanto de Dulcinea, inventado por él mismo; y luego, por un momento, se figura ser gobernador cierto y efectivo de la ínsula, y administra justicia y dicta órdenes como si realmente lo fuera, hasta que las fatigas, las privaciones y el ningún producto del gobierno le despiertan de su sueño. Sancho es el tipo perfecto de la monomanía de grandezas, que tantos estragos causa á los individuos en particular, y colectivamente á las sociedades. El pastor Crisóstomo, muerto de amor á causa de los desdenes de la hermosa Marcela, es un ejemplar de la manía erótica, que llega á su período álgido y extravía su razón, impidiéndole reflexionar que corre tras el ideal imposible de someter la voluntad de otra monomaníaca, que renunciando hasta los impulsos de la Naturaleza y desconociendo la misión sublime de la mujer, deja las comodidades de su casa y se divierte en correr por los campos, apacentando sus ovejas.

Anselmo, el *curioso impertinente*, es un loco pacífico, atacado de la peligrosa manía de querer sujetar á indiscreta prueba la honradez y fidelidad de su esposa.

Cardenio, loco, con intervalos lúcidos, padece una manía persecutoria, producida por la idea fija de la traición del que creía su amigo y por la defección de su amada; y Dorotea, abandonada y burlada por el libertino Fernando, también experimenta una alteración en sus facultades mentales que la obliga á huir de casa de su padre, en disfraz poco conveniente, sin saber por qué lo hace, sin objeto fijo, y exponiéndose á correr todo género de peligros, de insultos y privaciones. El cura y el barbero y el bachiller Sansón Carrasco, aunque guiados por la buena intención de atraer á Don Quijote al camino de la cordura, caen también en la especie de manía pacífica de abandonar su casa, sus ocupaciones y sus intereses, por correr en pos de extrañas aventuras, de muy inciertos resultados.

Pero, donde más se deja sentir la influencia de la enajenación mental del hidalgo manchego, es en los jóvenes y opulentos duques, que invierten considerables sumas en preparar las farsas é invenciones con que intentan persuadir á su huésped de que es tal caballero andante como se figura, á fin de divertirse á costa suya. Y aun en las personas menos importantes de la fábula se refleja algo de la influencia mencionada; como sucede á la respetable Doña Rodríguez, que juzgando á Don Quijote desfacedor de agravios y amparador de doncellas ultrajadas, le pide castigue al seductor de su hija, retándole á singular combate en que decida el juicio de Dios.

¿Y qué diremos del lacayo Tosilos, que está dispuesto á entrar en la liza, por orden de sus señores, en substitución del verdadero retado? El mentecato, tocado también de su tanto de locura ambiciosa, creyendo que la causa del combate es su negativa á casarse con la joven, que asiste al palenque, y que no le parece mal, aunque nunca había pensado en ella, ofrece darle su mano para terminar el ruidoso y desagradable incidente; el cual concluye con poco gusto de los duques, que hubieran deseado llevar á cabo la broma, para su mayor recreo.

Cito estos cuantos ejemplos que me han venido á la imaginación y que creo bastante para muestra; pues si fuéramos á hacer detenido examen de los diversos tipos que resaltan en la obra, tal vez se escribiría otro libro tan voluminoso como el examinado.

Y ahora, añadiendo mi humilde opinión á la de personas de reconocida competencia, que juzgan á Cervantes, médico alienista, siquiera sea inconsciente, diré que el inmortal novelista abrió, quizá sin pensarlo ni quererlo, un nuevo medio de cultivar el extenso campo de las perturbaciones mentales.

No comprendo por qué los sabios filósofos y los profundos pensadores, en especial los alemanes, que tanto se han ocupado en los estudios metafísicos é idóneos sobre el origen ignoto, la naturaleza, extensión, alcance y manifestaciones del espiritualismo humano, no han concebido en la lectura — que en tanto aprecio tienen — de la historia burlesca de la Humanidad, presentada por Cervantes, la idea de ocuparse en un trabajo serio, metódico y razonado, que pudiera ser de muy trascendentales consecuencias.

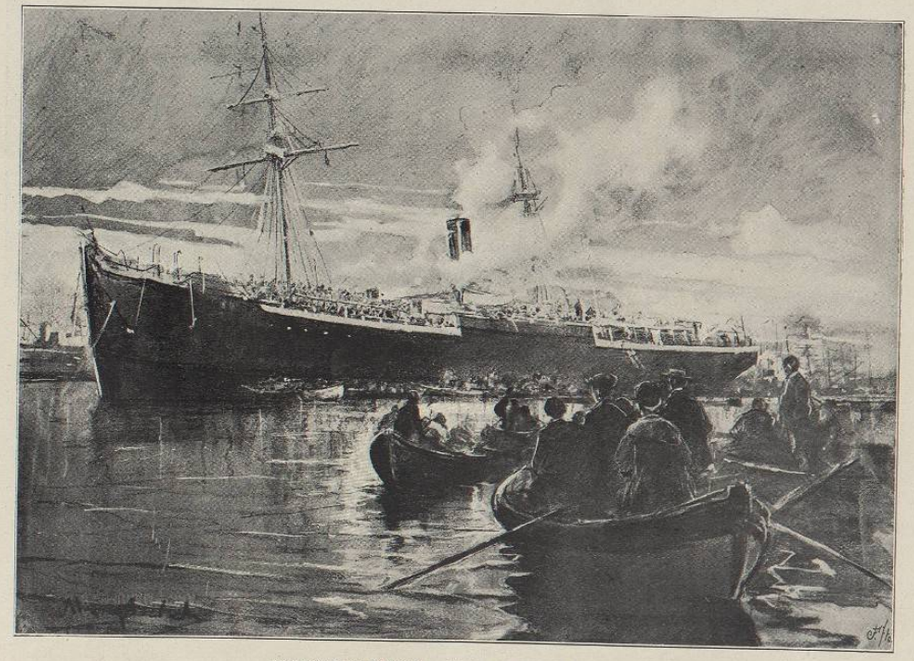
No faltan datos y ejemplos claros y convincentes en la Historia de los tiempos antiguos, medios, modernos y contemporáneos, para formar un detenido estudio psicológico-patológico, que bien pudiera titularse *La demencia en la Humanidad*.

Del profundo y detenido examen de los sucesos ocurridos en el Mundo; de la formación de las sociedades y de los Imperios; de la desaparición de unos pueblos; de la fusión y absorción de otros; de los trastornos políticos y revoluciones que han producido y producen notables cambios en las formas de Gobierno, de la erección de los partidos y banderías que siempre han existido con diversos nombres y variados aspectos, aunque con idénticos fines y objetos; del continuo cambio de usos y costumbres públicas y aun privadas y domésticas; podría llegarse á deducir que esas formas de Gobierno; esa multitud de leyes, hoy en uso, mañana derogadas, olvidadas y substituídas; esos sistemas filosóficos, científicos y religiosos; esa variación de opiniones contrarias y jamás conformes, de todos géneros y materias; esas sangrientas guerras y revoluciones; esas turbas fanatizadas, á las que entusiasma la voz de un delirante tribuno; y hasta los mismos juegos y diversiones creados para distracción del ánimo; todo es producto de imaginaciones exaltadas, de pasiones violentas y deseos formulados en cerebros que no se hallan en completo estado fisiológico, y que logran y han logrado siempre, con sus apariencias de lucidez, seducir á las masas ignorantes é inconscientes, que en todo tiempo y lugar han constituído la casi totalidad del género humano, y que aceptan con júbilo y toman por verdades lo que halaga sus instintos, su vanidad y su fanatismo.

Es mi opinión, aunque tal vez parezca aventurada, que así como en el organismo físico se encuentra el germen de todas las enfermedades, las cuales aparecen y se desarrollan en casos y por causas determinadas, existe también en todo cerebro humano el germen de la locura, que no deja de hacer más ó menos notablemente alguna manifestación de vez en cuando, aun por parte de individuos que parecen estar en completo dominio de sus facultades intelectuales y de esa admirable potencia que se llama *razón*, y que es también una propiedad del alma, por más que los teólogos moralistas no hagan moción expresa de ella. Pero, esas manifestaciones de los cerebros enfermos, aunque muchas veces causen perjuicios por la influencia contagiosa que suelen ejercer, ínterin aparecen tranquilas y pacíficas no reciben el calificativo de locura; y solamente se las considera como tal, cuando la exacerbación de pasiones violentas y comprimidas, de deseos concebidos y no satisfechos, y de planes bien pensados y mal cumplidos, llevan al individuo á caer en la hipocresía ó la estupidez, ó le conducen á la manía, á la extravagancia y al frenesí.

Mucho pudiera extenderme tratando de esta importante materia, si lo consintiesen los límites de este ya largo artículo; pero, juzgo que lo dicho es suficiente para rendir un pequeño tributo de admiración al grande escritor, orgullo de España, y para indicar á mis ilustrados compañeros de profesión y á las personas competentes en el estudio de los delirios y aberraciones de la Humanidad, el partido que puede sacarse, para bien de la misma, de los ejemplos que presenta un libro considerado por muchos como de mero entretenimiento.

Luis VEGA-REY



EMBARQUE DE TROPAS. — Dibujo de A. Más y Fontdevila

LA PARÁBOLA DE LA ZIZAÑA

1. En aquel tiempo, saliendo Jesús de la casa, fué á sentarse junto á tres jóvenes, que con sus pies estaban hollando las mieses tiernas de un campo recién sembrado.

2. Los tres jóvenes, que no habían abandonado su trabajo y que no sabían otro trabajo que el de hollar las mieses tiernas del campo del labrador honrado, no conocieron al Cristo y fueron sembrando zizaña en aquel campo.

3. Uno de ellos dijo: — Yo he seducido la hija de un amigo. — Y era mentira, y se alababa de su mentira.

4. Otro dijo: — Yo he engañado la hermana de un amigo. — Y era mentira, y también se alababa de su engaño.

5. El último dijo: — Yo he robado la esposa de un amigo. — Y los tres se alababan de sus mentiras.

6. El Cristo sabiendo que lo que decían era mentira, les dijo: — ¿Por qué sembráis zizaña en el campo del vecino, ahora que vuestro vecino duerme?

7. Y los jóvenes comprendieron que Aquél Hombre desconocido amaba la verdad, y se marcharon.

8. Y llegaron los siervos del Padre de familias y le dijeron: — Señor, ¿por ventura no hemos sembrado buena simiente en nuestro campo? ¿pues de dónde tiene zizaña?

9. Y les dijo: — Hombre enemigo ha hecho esto.—Y le dijeron los siervos: — ¿Quieres que vayamos y la cojamos?

10. No, les respondió: no sea que cogiendo la zizaña, arranquéis también con ella el trigo.

11. Dejad crecer lo uno y lo otro, hasta la siega, y en el tiempo de la siega decid á los segadores: Coged primeramente la zizaña y atadla en manojos para quemarla; más el trigo recogedlo en mi granero.

12. Y el Cristo se marchó de allí, mientras los otros decían; ¿de dónde á éste ese saber y maravillas? ¿Por ventura no es este el Hijo del artesano? ¿No se llama su madre María, y sus parientes no están todos entre nosotros? Pues, ¿de dónde á éste todas estas cosas?

13. Y se escandalizaban en él.

14. Y se marcharon todos. Y sucedió que por la noche volvieron los tres chismosos á perturbar á muchos que tenían paz, con el hablar de sus lenguas malditas.

15. Y fué con ellos un labrador honrado que aquella noche dejó su casa y les dijo: - ¿Sabéis en que campo ha nacido zizaña? — Y ellos dijeron: — Hoy hemos visto zizaña en el campo de uno que tu conoces.

16. Y el labrador honrado pensó que sería en el de su más buen amigo, y se marchó.

17. Luego llegó otro y les preguntó lo mismo y se marchó pensando que su mejor amigo había sido más desgraciado que él.

18. Y cuando las lenguas de los tres maldicientes habían conmovido á todos, y habían echado fuera á todas las mujeres, privándolas de sus trabajos, los tres maldicientes se fueron á otras tierras más lejanas, que no más sensatas.

19. Y como iban mejor vestidos que los pobres que trabajaban, las gentes les seguían, para compadecer á su vecino. Y aunque no tenían fuerza ninguna en los músculos de su cuerpo, eran los amos de todo. Porque el golpe del azote hace cardenales; mas el golpe de la mala lengua levanta ampollas y desmenuza los huesos.

20. Y el Cristo iba predicando que no creyeran lo que decían los tres chismosos, porque su yugo es yugo de hierro y sus coyundas, coyundas de bronce.

21. Pero nadie escuchaba al Cristo.

22. Y el Cristo les decía:—Cerca tus orejas con espinas; no des oídos á la mala lengua. Funde tu oro y tu plata, y haz á tus palabras balanza, y frenos rectos á tu boca.

23. Y nadie escuchaba al Cristo, porque creían que sus vecinos estaban en desgracia; y hallaban gusto en compadecerse los unos á los otros, sin decirse por qué se compadecían.

24. Y sucedió que la zizaña creció tanto que ahogó la buena simiente, y los campos no dieron trigo: sino dos cosechas de zizaña. Y los labradores abandonaron sus campos.

25. Y volvieron los tres chismosos, y como no tenían paladar para gustar del trigo bueno, se alimentaron de la cosecha de zizaña, y fueron los dueños de los campos.

26. Y los labradores, ateridos de frío, sin campos y sin viviendas, fueron á poblar unas rocas peladas que no producían nada.

27. Y decían:—Si ahora tuviéramos un campo para sembrar de nuevo buena semilla, chafaríamos con los pies la simiente de la zizaña y no crecería más que trigo.

28. Y como la hora del arrepentimiento llega en la hora justa de la muerte, se morían de frío y sus dientes crujían de frío, y sus ojos lloraban de desesperación.

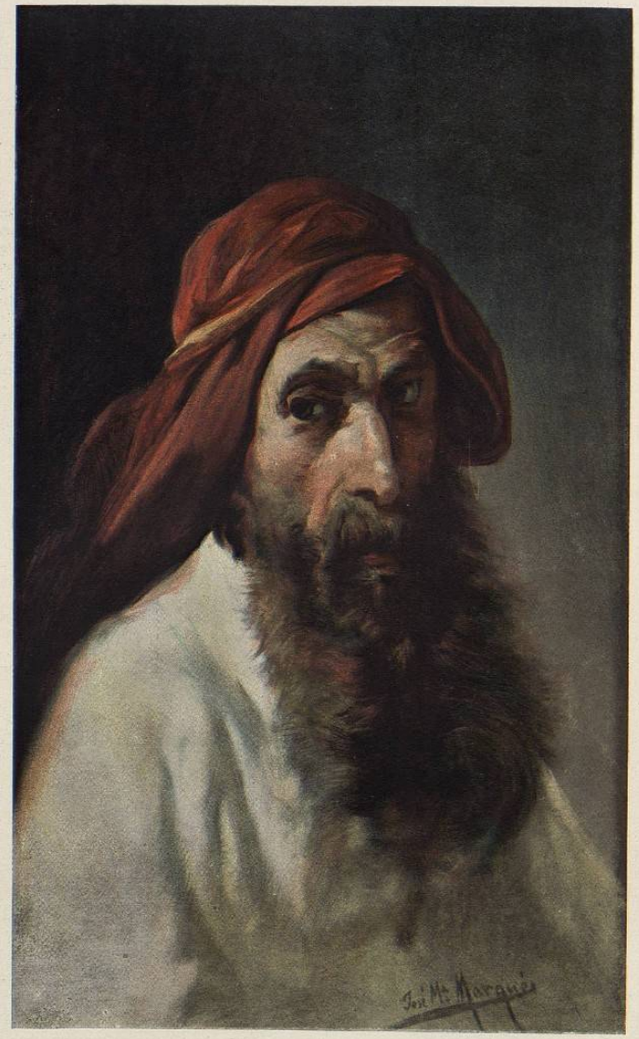
29. Y así han pasado los tiempos, muriendo de frío los débiles y viviendo los chismosos en la abundancia.

30. Y así será, hasta que se sequen los pantanos podridos y perezcan las florecillas que asoman sus cálices en las aguas sucias y verdosas.

31. Entonces aparecerán en cueros vivos los tres chismosos que tendrán la cabeza cubierta de raíces y la boca llena de zizañas secas que olerán á podrido y darán asco.

MARCOS JESÚS BERTRÁN

JOSÉ M.ª MARQUÉS



CABEZA DE ESTUDIO

† EL MAESTRO FERMIN MARIA ALVAREZ

EMBARGADOS nuestros sentidos por inmenso dolor ¿qué vamos á decir del maestro Alvarez?... ¿Qué podemos escribir que no sea triste, en este instante en que el corazón se halla acongojado por tan sensible pérdida?... El maestro inspirado, correctísimo y elegante, el aristócrata caballero y querido amigo del alma, ha bajado al sepulcro...

El arte músico español está de luto, por la muerte del esclarecido autor de innumerables *melodías*, todas bonitas, todas inspiradas.

Conocimos al maestro Alvarez, hace ya más de diez años; cuando fundamos *La Ilustración Musical*, de cuya publicación era entusiasta colaborador. De entonces data nuestra amistad, tiempo muy suficiente para conocer á fondo los dotes artísticos y personales que le adornaban. Hoy que la muerte nos le arrebata, faltaríamos á la gratitud y al compañerismo, si no le tributásemos, desde estas columnas, el postrer recuerdo de cariño y respeto.

No hay más que contemplar su retrato para formar cabal idea de la afabilidad de su carácter. Su frente, despejada, ancha y serena, patentiza además de un temperamento apacible y bondadoso, una inteligencia clara y reflexiva: si la fotografía hubiese podido retratarnos su corazón, como lo ha hecho con su efigie, podríamos apreciar también la grandeza de su alma.

El maestro *componía* con el corazón; y por eso sus composiciones, además de acusar profundos conocimientos técnico-musicales, se distinguían, unas, por la expresión de sentimientos ideales, puros y sencillos, y otras, por su apasionamiento y fogosidad.

En una palabra; el maestro Fermín M.ª Alvarez, poseía lo que llamamos personalidad propia. Era un *tempérement*.

Amaba á Cataluña con delirio, á pesar de haber nacido en Zaragoza (año 1833). Algunas de sus numerosas canciones están compuestas sobre versos de poetas catalanes. Se comprende; porque Alvarez residió y pasó toda su infancia en el Ampurdán (Gerona): allí empezó á sentir sus primeras afecciones; allí cursó en la niñez los primeros estudios... que tanta gloria le proporcionaron.

Andando el tiempo, las *soirées* de los señores de Alvarez no tenían rival en Madrid. A aquellas espléndidas fiestas musicales solía acudir todo lo más granado de la Corte, incluso las Infantas y los artistas más reputados del orbe. Alvarez, hecho artista de verdad, después de haber abandonado su carrera de Administración de la Armada, y de varios viajes á Ultramar que con tal carácter había realizado, casó con una respetabilísima dama de la aristocracia madrileña, doña Eulalia Goigorrotea, modelo de esposas y reina de los salones, por su belleza, ilustración y donaire.

Los de los señores de Alvarez, en la calle de Fuencarral, fueron durante muchos años el punto de reunión de la aristocracia de la sangre y del talento; siendo su teatrito particular el más notable de Madrid, después del de Palacio.

Alvarez, en aquel entonces, componía y dirigía sus obras en su misma casa, con los artistas más renombrados y la orquesta del Teatro Real. En ella recibían también el bautismo del arte los concertistas más aplaudidos en la coronada villa.

El duelo selló las puertas de aquel hermoso templo, y Alvarez, sobrecogido por la inmensa pérdida de su amantísima esposa, cogió la pluma para desahogar su apenado corazón, componiendo las inspiradas melodías que tanta celebridad le han dado.

Prolijo fuera reseñar el mérito que cada una de ellas encierra de por sí, y los límites de esta necrología nos lo impiden. El adjunto original, de puño y letra de Alvarez, es muestra de lo que llevamos consignado.

La canción que más popularidad dió al maestro Alvarez, fué la titulada: *Los ojos negros;* letra de Eusebio Blasco.

Nuestro deseo era publicar en esta página un fragmento de tan notable composición; pero no nos ha sido posible encontrarle entre los originales manuscritos de Alvarez, publicando en su lugar el autógrafo *¡Has muerto para mí!* canción que, con letra del inspirado poeta Antonio Grilo, compuso hace pocos años, para dedicarla al reputado profesor madrileño de canto, marqués de Alta Villa.

El maestro Alvarez era tan conocido, musicalmente hablando, en España como en el extranjero, cuyos editores se disputaban la publicación de sus preciosas melodías.

Conocía París como los parisienses mismos, y allí en aquel inmenso centro artístico, contaba con relaciones importantes. La amistad íntima que le unía al célebre Rosini, le proporcionó que frecuentase las famosas *soirées* del autor del *Guillermo Tell*, en las cuales dióse á conocer; conquistando con su indiscutible mérito, aplausos rayanos en triunfos.

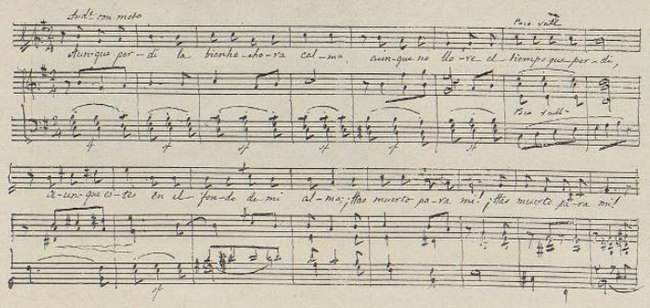
. . . . . .

Interminable tarea sería la nuestra si tuviéramos que mencionar todos los conceptos que enaltecieron la personalidad y el nombre de Fermín M.ª Alvarez; cuya pérdida acabamos de experimentar.

¡Dios haya acogido en su santa gloria, el alma del que fué en vida, modelo de honradez y bondad, excelente y leal amigo, patricio ilustre, hijo mimado del Genio y constante protector de artistas desgraciados.

* * *

¡Has muerto para mi!



HOSPITAL DE NIÑOS POBRES DE BARCELONA

Fué establecido con carácter de modesto Dispensario, hacia el año 1890, por el doctor Vidal Solares. Su desenvolvimiento ha sido amplio y rápido, pues hoy cuenta con una organización excelente, dirigida por el propio fundador del Instituto. La Junta Directiva, presidida por el Iltre. y Rdo. Arcipreste don Eduardo M.ª Vilarrasa; la Junta Auxiliar de Damas, á cuyo frente está la Excma. señora doña Teresa Poch, viuda de Martorell; y el Cuerpo facultativo, compuesto de los doctores Roca, Recasens, Altabás, Salvador, Pujol, Callís, Majó y otros señores internos, constituyen en la actualidad las principales palancas del mecanismo de la obra.

La labor que allí se hace es magna y continua: es fuente inagotable de caridad para los niños pobres, semillero de modernas investigaciones para la ciencia médica, y punto de valiosa experiencia para el ejercicio de la pediatría. Los ramos especiales de la medicina son cultivados de verdad, sin excluir el hoy naciente de la sueroterapia, de cuyos progresos alguna parte corresponde á este Hospital. Los grabados adjuntos representan los actos principales, ó sea de recolección, extravasación é inyección del tratamiento por el suero fisiológico de caballo, verificados por el doctor Vidal Solares.

Todo el porvenir de la terapéutica parece depender de las propiedades químicas y vitales de los elementos sanguíneos, especialmente considerados en relación con las enfermedades infecciosas. Desde la fagocitosis y el estado bactericida del suero, hasta los más recientes estudios de Stokes y Wegefarth, acerca del polvo de la sangre *(blood-dust ó hæmokonien)*, existen un gran número de importantes descubrimientos de fisiología y patología sanguínea, que dan la clave para la curación de un buen número de procesos ó estados morbosos refractarios á los agentes farmacológicos. Y los hechos clínicos evidencian el progreso que supone en principio esa nueva tendencia, ya que aun el suero normal de caballo, á pesar de encontrarnos al principio del conocimiento de sus efectos aprovechables, está dando resultados sorprendentes en el tratamiento de todos los estados de debilidad orgánico-funcional, principiando por el grupo de las anemias y la endeblez congénita, y acabando en las incorregibles manifestaciones de la corea y en los hondos disturbios de la atrepsia é inflamaciones crónicas de la mucosa intestinal. Las historias clínicas, ilustradas algunas de ellas con las fotografías de los enfermos, que ha publicado el doctor Vidal Solares en los números de Febrero, Abril, Mayo y Junio últimos de *La higiene para todos*, demuestran por completo la realidad de los éxitos apuntados.

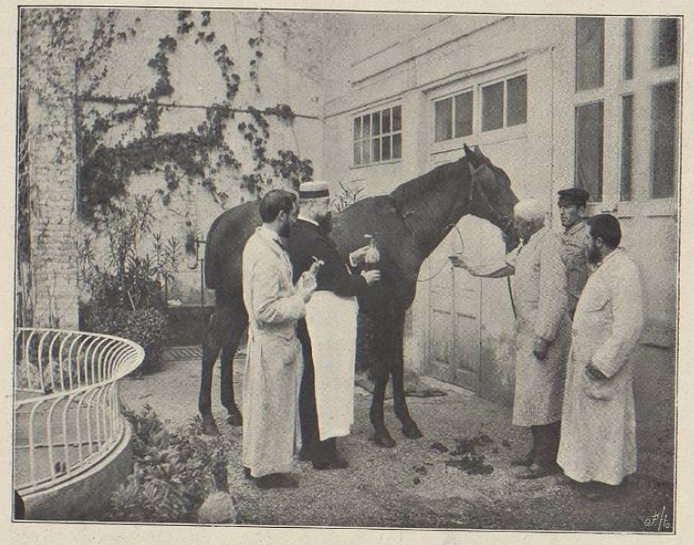
Antes de que en el Hospital de Niños emplease el doctor Vidal Solares el suero normal de caballo, se había hecho aplicación del mismo en el extranjero, aunque con distinto fin y sin resultados halagüeños (1); por lo cual resulta, que la prioridad de las indagaciones referentes al efecto fisiológico del suero y sus correlativas aplicaciones clínicas, corresponde plenamente al Director del Hospital de Niños pobres de Barcelona, siquiera en la *comunicación* al citado Congreso no se decidiera, por natural modestia, á recabarla de una manera explícita.

De todos esos frutos puede colegirse la importancia de la fundación del doctor Vidal Solares; pero en nuestro país, y de un modo señalado en esta capital catalana, ha sido tan brusca la transición sufrida en el orden social después de algunos años de adelanto material, que hasta las instituciones mejor encaminadas, como las que se encargan de socorrer á los enfermos pobres, han de menester de justificación, y casi, casi, de reivindicación. Por fortuna, no es el Hospital de Niños pobres una de las más necesitadas de esta suerte de defensa, pues en lo que se puede llamar *Album de Honor* del Instituto, suscriben los conceptos más alabanciosos que pueden emitirse, notabilidades tan salientes como los doctores Martínez Vargas, Robert, Suñé, Giné, Morales, Batllés, Comenge, Rodríguez Méndez... y muchas, muchísimas otras, cuyos nombres podríamos copiar, siguiendo el hojeo. Mas, así y todo, si bien es suficiente poner la atención en la mayoría de nuestras más variadas obras de beneficencia, para echar de ver que á la postre son obras de caridad y por ende muy estimables; también es bastante abrir los oídos á lo que á media voz se propala, para notar que sólo por rara excepción se eximen de la crítica malévola y de la detracción sistemática. Y si bien se reflexiona, es curioso que los más fundados reparos, apenas suelen fundarse en pequeños detalles administrativos, cuyo peso no es posible que haga declinar el mérito intrínsico del instituto benéfico á que se refieran. Si de otro modo se aprecian las cosas, ha de achacarse á defecto de reflexión, como defecto de reflexión bien acentuado es v. gr. el que el establecimiento de una cocina económica provoque tumultos callejeros, como se ha visto hace poco.

Repetimos que el Hospital de niños pobres ya está juzgado, y cierto que con grande elevación de sentimientos; mas todavía el criterio no parece correr parejas con éstos, como debiera. Visita alguien el Hospital; se entera de la fecha de su fundación, que apenas data de ocho años, y de la índole primitiva que tuvo de mero Dispensario; y como es natural, queda sorprendido ante el simpático edificio y sus cuidadas salas y sus ordenados servicios facultativos. Y realmente, lo objetivo y en consecuencia lo de mayor poder mágico, es la transformación de la obra y la magnitud material que ahora presenta. A nuestro modo de ver, sin embargo, no es eso lo que más mérito pone en la fundación del doctor Vidal Solares, sino el espíritu que anima aquellas paredes y aquellas clínicas; el cual en último término no es otra cosa que el grave, gravísimo compromiso contraído y cumplido por el fundador, desde el instante de abrir las puertas del Dispensario, de medicinar, curar y aun alimentar, además de la visita médica escueta, á todos los enfermitos que, como pobres, acudiesen al benéfico consultorio. Esto es lo esencial y lo costoso: lo de menos es que el plan de la empresa se desarrolle en una estancia humilde ó en un soberbio edificio. He ahí, pues, lo que se debe al doctor Vidal Solares: no son muchos los capaces de concentrar medios para mantener una idea encarnada en la realidad, ó sea, constituída en hecho y sujeta, por tanto, á todas las dificultades naturales: porque, por acepta que sea la obra á Dios, jamás dejan de encontrarse los obstáculos de frialdad é indiferencia de los hombres; lo cual supone lucha y victoria completa en el caso de subsistir la obra con lozanía. El doctor Vidal Solares debe, pues, haber luchado, y con brío inusitado, dada la importancia de los servicios prestados en el Hospital durante los ocho años de su existencia; y si al fin ha ido adelante victorioso, justo es que se le aplauda con entusiasmo, al tiempo de rendir un tributo de admiración á su obra.

Dr. F. CARBONELL Y SOLÉS

(1) *Aplicaciones del suero fisiológico equino en el tratamiento de algunas enfermedades de la infancia.* Tesis presentada por el doctor don Francisco Vidal Solares al Congreso celebrado en Moscou el año 1897. Barcelona, 1897.



Hospital de niños pobres de Barcelona.
Extracción de sangre del caballo, para preparar el suero fisiológico.

Hospital de niños pobres de Barcelona.
Extravasación del suero fisiológico.

Hospital de niños pobres de Barcelona.
Inyección del suero fisiológico á una criatura raquítica de tres años de edad.

MADRID ELEGANTE

Aunque las actuales calamitosas circunstancias no son ciertamente las más á propósito para inaugurar estas crónicas, ni sería en todo caso la Corte centro adecuado para buscar á la sociedad aristocrática, que ya, en otros tiempos, veraneaba por estas fechas en playas y balnearios, cumplo gustoso el encargo del Director de esta Revista, y paso á dar cuenta á los lectores de cuanto notable ocurre en el *mundo elegante*, que digno de contarse sea.

***

Pasó ya la fiesta del Carmen, á la vez popular y aristocrática, y si bien en la clásica Verbena no faltó la animación de costumbre, en cambio permanecieron cerrados para toda fiesta, salones y jardines aristocráticos que otros años fueron teatro de espléndidas *matinées*.

Se recordaban con la triste melancolía de las pasadas dichas, las deliciosas reuniones con que se festejaba siempre el santo de la Condesa de Montarco, en el suntuoso parque del hotel de aquel respetable hombre público, cuya muerte aún lloran cuantos le conocieron.

Otros años, también el patio andaluz del palacio de los ilustres Marqueses de Viana abría su dorada cancela para recibir á la linajuda concurrencia que acudía á felicitar á la noble Marquesa.

Este año, solamente en la intimidad se han abierto algunos salones, mereciendo entre éstos particular mención, los de la Marquesa de Pernat, distinguida dama, cuya cuantiosa fortuna, la ha permitido atesorar multitud de objetos artísticos en su magnífica residencia de la calle del Prado.

Los que no frecuentan mucho aquella morada, recorrían extasiados los salones, deteniéndose en el de los tapices, que representa, en grandes figuras alegóricas, *cuatro partes del mundo*. Estos soberbios tapices, pertenecieron á una antigua y linajuda casa española, y adquiridos recientemente por la noble dama, en la importante suma de «treinta mil duros», han sido cuidadosamente restaurados y colocados en un salón decorado *ad hoc*, al estilo Renacimiento; haciendo digno *pendant* con las riquezas arqueológicas allí atesoradas.

***

Varias bodas concertadas durante el mes actual, no se verificarán sin duda hasta el otoño. Es una de ellas la de la encantadora hija de la Marquesa de Onteiro, doña María Casanova y San Miguel, con el distinguido *sportman* señor Gordón, hijo de la Condesa de Mirasol.

También el primogénito de los señores de Rubianes, Marqueses de Aranda, don Gonzalo de Ozores, parece contraerá matrimonio con su prima hermana doña Beatriz Saavedra, hermana del Conde de Urbasa.

Y por último, se habla del concertado enlace del joven Director de un popular periódico de la mañana, con la hija de un opulento título de Castilla.

***

Aunque no en tan grande escala como en años anteriores, la emigración veraniega comenzó en la primera quincena del mes actual.

Sin embargo, este año se dice que permanecerán entre nosotros, una gran parte del verano, muchas familias que acostumbraban abandonar la Corte apenas se iniciaban los primeros calores. Cítanse entre éstas, las de los Duques de Alba y de Granada, de los Condes de Aguilar de Inestrillas, Marqueses de Valdefuentes y otras.

Los Marqueses de la Laguna han demorado también su viaje á San Sebastián, hasta los primeros días de Agosto, por aguardar el bautizo de su nieta, la niña que acaba de dar á luz la Condesa de Urbasa.

La Duquesa de Nájera pensaba reunirse en Cádiz con su esposo, el ilustre jefe militar de aquella plaza, que tan importantes obras de defensa está realizando, de su fortuna particular; obras que bien merecían la atención y el aplauso que la prensa dedica á asuntos de mucha menor importancia.

***

Disperso el *Madrid elegante*, para la fecha de mi próxima crónica, constituirá ésta el resultado de una escursión por playas y balnearios; quizás y sin quizás, los que abandonan la Corte en esta época, carecerán de las distracciones que aquí se ofrecen, abiertos como se hallan dos circos, tres teatros y los jardines del Buen Retiro. Estos se llenan diariamente, y aun queda gente que acude todas las noches á aplaudir á *Pepe Gallardo* en *Apolo*, para reir con las excentricidades del *dowm* Wedelmen en *Parihs*, y para recrearse con la hermosura y la gracia de tiples como Amelia Méndez, en *Eldorado*.

MONTE-CRISTO

A RIENDA SUELTA

Allá va el rudo cosaco
sobre fogoso alazán,
dejando atrás las aldeas,
el valle dejando atrás,
y corriendo con tal furia
que parece un huracán.
Su bandera, hecha jirones,
se estremece sin cesar,
retorciéndose unas veces,
desplegándose las más,
y cobijando al soldado
que ¡quién sabe dónde irá!
Por escarpadas pendientes,
galopa sin desmayar,
después atraviesa el llano,
grita de un modo infernal,
y confiado en la espuela
que la sangre tiñe ya,
con fiereza vuelve á hundirla
del caballo en el hijar.

No cede ante riesgo alguno
su decisión pertinaz;
si hay un barranco, lo salta,
escala el monte, si lo hay;
aquello no es ya carrera,
ya no es correr, es volar.
El hierro del noble bruto,
con firmeza sin igual,
al herir el duro suelo,
hace á su paso saltar
trozos de hielo, brillantes
como prismas de cristal.
Largo el cosaco camina
lejano el término está;
pero él no ceja, no ceja,
antes redobla su afán;
y al fin... revienta el caballo...
¡No había de reventar!

JOAQUÍN ARQUES

MTRO. CELESTINO SADURNÍ

MOSAICO

Durante la última quincena, se han recibido en nuestra redacción, las canciones catalanas harmonizadas por don Enrique Morera, *La mala nova* y *Montanyes del Canigó*. Ambas composiciones están arregladas para voces de hombres y niños, revelando en su autor, señor Morera, los vastos conocimientos que posee en el género de música coral.

El insigne maestro Bretón, autor de la tan famosa ópera española *La Dolores*, se encuentra actualmente en Segovia, terminando una ópera que intitula *Raquel*, la cual, según tenemos entendido, será representada en la próxima temporada teatral en uno de los principales coliseos de España.

Por el editor de esta ciudad, don Juan Ayné, se está terminando la edición del melodrama lírico en tres actos, original del maestro don Manuel Giró, *Nuestra Señora de París*, quien lo ha transformado en ópera; habiendo al efecto compuesto diferentes trozos de música para los recitados de dicho melodrama. En el número dos de este ALBUM, tuvimos el gusto de regalar á nuestros suscriptores la romanza para bajo, *Quasimodo*, de la citada ópera del maestro Giró.

Nos ha cabido la satisfacción de saludar al eminente pianista español que desde tantos años reside en París, don J. Malats. Dicho señor se propone pasar una temporada en esta ciudad; debiendo por consiguiente esperar que tan apreciable concertista de piano, nos proporcione alguna audición de las obras de su vasto repertorio.

En breve partirá para Francia la Banda Municipal de esta ciudad, que tan hábilmente dirige el maestro don Celestino Sadurní, autor de la Romanza que damos de regalo en el presente número; al objeto de tomar parte, autorizada convenientemente por nuestro Alcalde, en el estreno de la nueva partitura de Saint-Säens, próximo á verificarse en Beziers.

SUMARIO DEL SIGUIENTE NUMERO

Cubierta en color; de María de la Visitación Ubach.
¡No más calor! Caricaturas de Xaudaró.
PÁGINAS EN COLOR: *El testamento.* Artículo de Fernando Serrat y Weyler; ilustrado por Passos.
En la concha de San Sebastián. Dibujo de Mariano Pedrero, iluminado por A. S.
Una chula. Cuadro de Ramón Casas.
Del natural. Acuarela de Pozo.
PÁGINAS EN NEGRO: *El coronel Revilla.* Artículo de F. Correa.
El camafeo. Artículo de Emilia Pardo Bazán; con ilustraciones de Tusell.
La serie. Cuento de Eusebio Blasco; ilustrado por Sánchez Covisa.
La Cumbre Santa. Poema, original de Francisco Tomás Estruch; con dibujos de Jaime Pahissa.
La risa. Artículo de Antonio S. Briceño.
Estudios fisonómicos. Dibujo de L. Graner.
Poesía y prosa. Artículo de Eduardo Lustonó, con ilustraciones de Seriñá y Buil.
MOSAICO.
REGALO: *La Patatús.* Baile típico, para piano, por Emilio Sabaté Parellada.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Labielle.

EL TESTAMENTO

CUENTO REPRESENTABLE

(*Lujoso cuarto dormitorio. — El* CONDE, *incorporado en la cama, descansando la cabeza sobre un montón de almohadas. — Junto á la cama, y sentado frente á un velador, el* NOTARIO, *tomando notas.*)

NOTARIO. — ..... Cien mil pesetas para establecimientos de Beneficencia; cuarenta mil para Ramón, el mayordomo...

CONDE. — ¡Pobre Ramón! Tal vez le parecerá poco; pero hay que tener en cuenta que desde que entró á mi servicio no he cesado de darle dinero y además he protegido á toda su familia. En fin; ponga usted cincuenta en lugar de cuarenta.

NOTARIO. — Muy bien. Veinte mil para la servidumbre, honras fúnebres, etc., etc., y por último, heredero universal su sobrino don Rafael de Acuña y Peñablanca. ¿No es eso?

CONDE. — Sí, señor; le nombro mi heredero porque, desde que le amparé, cuando quedó huérfano, antes de cumplir los ocho años, siempre ha vivido conmigo. ¡Pobrecillo! Le quiero más que si fuese hijo mío. Yo le he dado carrera, honores, distinciones. Yo le he hecho un hombre digno y honrado. Cuando él lo dispuso, contrajo matrimonio; después, el cielo le concedió descendencia, y yo, que desgraciadamente no he tenido hijos, he sido para los suyos más que un tío vulgar, un modelo de abuelos cariñosos: pero, la verdad, no me arrepiento porque sé que me quiere más que á sus hijos y que á su misma esposa.

NOTARIO. — Siendo así, apruebo ese nombramiento, porque según se desprende, su sobrino no peca de desagradecido, y la gratitud es una moneda falsificada tantas veces y de tan diversos modos, que ya no se admite en ninguna parte.

CONDE. — Verdaderamente; pero, á Dios gracias, eso no reza con Rafael.

NOTARIO. — Tanto mejor. ¿Tiene usted que hacerme alguna nueva observación?

CONDE. — Ninguna.

NOTARIO. — Entonces, con su permiso me retiro. Hoy mismo quedará redactado el testamento, y mañana vendré con los testigos para firmarlo.

CONDE. — Muchas gracias. (*Toca un timbre y entra* RAMÓN). Acompaña á don Cosme, y vuelve en seguida.

RAMÓN. — ¿Qué desea el señor? (*Después de haber acompañado al* NOTARIO).

CONDE. — ¿Han vuelto mis sobrinos?

RAMÓN. — Todavía no. Por lo visto los funerales de la señora duquesa son interminables.

CONDE. — Y los niños ¿dónde están?

RAMÓN. — Allá, en el cuarto de las muñecas, representando comedias. La niña se ha puesto una falda de su mamá y el niño se ha escondido dentro de un gabán de su papá. Si los oyese usted, se moría de risa.

CONDE. — Diles que vengan.

RAMÓN. — Le van á usted á marear...

CONDE. — No; aunque estoy débil, tengo la cabeza firme.

RAMÓN. — ¡Pero!...

CONDE. — ¡Anda, dame ese gusto!...

(*Vase* RAMÓN, *volviendo en seguida con* ROSITA, *niña de nueve años, y* PEPITO, *de siete*).

RAMÓN. — Aquí los tiene usted. Vamos, niños, dad los días al tío, que os quiere mucho.

ROSITA. — ¡No es verdad!...

PEPITO. — ¡Mentira!...

CONDE. — ¡Cómo! ¿no queréis darme un beso?

ROSITA. — No; porque desde que estás enfermo no nos has comprado nada.

RAMÓN. — Pues si le dais muchos besos y representáis aquí la comedia, yo sé que os regalará muchas cosas.

Los dos. — ¿De veras?

CONDE. — Sí; os compraré todo lo que pidáis.

PEPITO. — ¿Todo? Pues yo quiero un tambor, un teatro y una bicicleta.

ROSITA. — Yo una casa de muñecas, y muchos, muchísimos *bebés*...

CONDE. — Pues esta misma tarde saldréis con Ramón y os comprará todo lo que habéis pedido.

PEPITO. — (¡Si yo lo sé, pido más!) *(Aparte á* ROSITA).

ROSITA. — (Anda, pide; no seas tonto...)

PEPITO. — (Deja que antes nos compren lo que nos han ofrecido...)

RAMÓN. — Pero ya sabéis lo que os cuesta: primero, muchos besos y después la comedia.

ROSITA. — Ahora mismo. *(Se acercan los dos á la cama y besan con efusión al* CONDE).

RAMÓN. — Ea; basta de besos y á representar en seguida.

ROSITA. — Pero tú también tienes que representar con nosotros.

RAMÓN. — Yo no tengo papel en vuestras comedias...

ROSITA. — ¿Que no? Ya lo verás. Vamos, pues; empecemos. ¿Quieres, Pepito?

PEPITO. — Sí, sí: pero con mucha formalidad ¿sabes?

ROSITA. — Bueno. Pues siéntate aquí. Esta butaca y este velador serían el despacho de papá. Tú estabas leyendo papelotes. Yo venía de la calle muy sofocada y me dejaba caer en esta silla, diciendo: ¡Vengo avergonzada, horrorizada, escandalizada!... — Ahora tú, Pepito, levantabas asustado la cabeza y decías...

PEPITO. — Sí, ya lo sé: cállate. *(Representando).* — ¿Qué te pasa, mujer?

ROSITA. — Está visto: yo no puedo, no debo, no quiero visitar á nadie; porque al volver á esta casucha me dan ganas de suicidarme.

PEPITO. ¡Qué horror!

ROSITA. — ¡Si vieras qué casa tienen las de Paloseco!... ¡Y las de Ronquillo!... ¡Pues no hablemos de las de Cabezón!... ¡Qué salones!... ¡Qué gabinetes!... ¡Qué comedor!... ¡Qué elegancia!... ¡Qué suntuosidad!... Al lado de tanto gusto y de riqueza tanta, nuestra casa resulta una pocilga, una choza.

PEPITO. — No tanto, mujer. Claro que nuestra casa no es el Palacio Real, pero aun no hace cuatro años se renovó todo gastándonos sólo en muebles más de treinta mil pesetas.

ROSITA. — ¿Pero me negarás que ya están pasados de moda? Además, aquí no se hacen obras. Nuestros salones y nuestro comedor son pequeños, bajos de techo; nuestra escalera apenas tendrá tres metros de ancho; nuestra portería parece una gruta... En fin, aquí todo es malo, viejo y raquítico.

PEPITO. — Pues, hija mía, no hay más remedio que aguantarse. Mientras viva el *ogro,* no quiero hablarle de renovaciones ni hacerle gastar más dinero, porque bastante explotamos su cariño. Cuando él se muera, entonces viviremos á lo príncipe.

ROSITA. — ¡Dichoso *ogro,* bien podía morirse pronto! mañana mismo.

PEPITO. — Mujer, no digas barbaridades: déjale que viva.

ROSITA. — Claro, tú siempre le defiendes; aunque no puedas tragarle, pero ten entendido que el mejor día me voy de esta casa para no volver jamás á pisarla.

PEPITO. — Bien; dejemos esa cuestión.

ROSITA. — Justo: no sabes decir otra cosa. Naturalmente, como no me quieres, no te importa que sufra y me desespere. Dios mío, ¡qué desgraciada soy! La rabia me ahoga... ¡Agua, agua!...

PEPITO. — ¡Ramón!... ¡Ramón!... *(Levantándose y llamando).*

RAMÓN. — ¿Ahora entro yo?

ROSITA. — Sí, ahora entras tú, y al verme desmayada, dices: — ¿Qué ocurre? — Y Pepito contesta....

PEPITO. — No me apuntes, ya lo sé... *(Representando).* Nada, lo de todos los días. Hablábamos del *ogro,* y ya lo sabes, siempre que hablamos de él, le da la pataleta.

ROSITA. — (A RAMÓN). Ahora tú dices: — Tenga usted calma, señorita, porque afortunadamente el *ogro* está enfermo y es fácil que esta vez se las líe. — Yo vuelvo en mí y exclamo: ¡Cuándo llegará ese día!... — Y tú contestas: — Pronto. Yo también, Dios me perdone, deseo que se vaya cuanto antes, porque cuando él se muera, con el dinero que me deje, compraré la mitad de mi pueblo y me convertiré en una especie de rey...

RAMÓN. — ¡Pero yo no he dicho nunca eso! *(Incomodado).*

ROSITA. — ¿Cómo que no? Ayer mismo lo dijiste, cuando papá y mamá regañaban.

RAMÓN. — ¿Yo?

PEPITO. — Sí, sí. Lo sostengo delante de cualquiera... ¡Rabia, rabia!...

RAMÓN. — Bueno, bueno: ¡basta ya de comedias!

CONDE. — Muy bien, niños, muy bien. ¡Bravo, bravo! *(Aplaudiendo).*

ROSITA. — *(Dejando de representar y acercándose á la cama).* ¿Qué tal, tío; te ha gustado?

CONDE. — Muchísimo. Pero oye: ¿quién es ese *ogro* que tanto nombráis?

ROSITA. — No lo sé. ¿Le conoces tú?

CONDE. — No; pero aseguraría que se parece muchísimo á un íntimo amigo mío.

PEPITO. — ¡Maldito *ogro!*... Estoy deseando que se muera...

ROSITA. — Yo también, porque entonces daremos *soirées, thés...*

PEPITO. — Y tendremos muchos coches, muchos caballos...

ROSITA. — Calla, no chilles; porque ya sabes que papá dijo ayer que si el *ogro* llegaba á enterarse de nuestros proyectos, sería capaz de hacer lo mismo que ha hecho ese inglés que viene en *La Ilustración.*

CONDE. — ¿Pues qué ha hecho ese inglés?

ROSITA. — Una cosa muy graciosa. Pepito y yo lo hemos leído esta mañana. ¿Quieres que te lo cuente?

CONDE. — Bien, cuéntamelo.

PEPITO. ¡Verás qué bonito es!...

ROSITA. — Pues, señor, éste era un Mister que hizo testamento, legando toda su fortuna á unos sobrinos, únicos parientes que le quedaban; pero un día, yo no sé cómo, descubrió que sus sobrinos pedían constantemente á Dios que el tío se muriese pronto, para recoger cuanto antes la herencia. Después el inglés estuvo muy enfermo, y los sobrinos lejos de cuidarle, le dejaban morir como un perro. Por fin se puso bueno; y entonces, en venganza, desheredó á sus sobrinos y desengañado del mundo se fué á vivir á unas islas lejos, muy lejos, y allí fundó una población ¿de qué dirías? ¡De perros y gatos! Para el servicio de esos animalitos ha contratado cincuenta criados, y además tiene varios agentes que se encargan de recoger todos los perros y gatos que andan perdidos por las calles de las principales ciudades del mundo, y los mandan á esa isla... ¿Verdad que es gracioso? Ah, se me olvidaba: también dice que muchas personas ricas mandan de todas partes dinero á ese inglés para que prospere la isla Chatchien... ¿Te ha hecho gracia, tío?

CONDE. — Muchísima.

ROSITA. ¿Quieres leerlo y así verás el retrato de ese Mister, que se llama Jorge Betún? Voy á traerte *La Ilustración.* (ROSITA *sale un momento y vuelve á entrar trayendo un periódico ilustrado*). Aquí está.

CONDE. — Bueno, ahora lo leeré.

RAMÓN. — Vamos, niños; no mareemos más al tío. Id á vestiros y saldremos en seguida á comprar los juguetes.

PEPITO. — ¡A vestirnos, á vestirnos!

ROSITA. — ¡Qué alegría!... Tener una casa de muñecas y muchos *bebés... (Vase corriendo, lo mismo que Pepito).*

RAMÓN. — (AL CONDE). ¿Desea algo más el señor?

CONDE. — Sí, quiero que vayas inmediatamente á casa de don Cosme, y dile que necesito hablar con él sin pérdida de tiempo.

RAMÓN. Está muy bien. *(Vase* RAMÓN. *El* CONDE *queda un momento pensativo y luego lee con avidez el periódico que trajo* ROSITA. *Transcurrida media hora, llega el* NOTARIO, *quien al ver abismado al* CONDE, *pregunta):*

NOTARIO. — ¿Se ha puesto usted peor?

CONDE. — No: le llamo con tanta urgencia porque deseo hacer algunas modificaciones en mi testamento... Suprima usted el legado de Ramón; borre usted el nombre de mi sobrino como heredero universal, y substitúyalo usted por el de Mister Jorge Betún, fundador de la isla Chatchien.

NOTARIO. — ¿Eh? *(Lleno de asombro).*

CONDE. — *(Entregándole La Ilustración).* En este periódico encontrará usted cuantos detalles puedan convenirle acerca de la vida y residencia de mi nuevo heredero.

NOTARIO. — Pero, señor Conde, ¿está usted soñando?...

CONDE. — No, don Cosme. Hace dos horas, cuando dicté el testamento, estaba dormido profundamente; pero después la inocencia se ha encargado de abrirme los ojos, y ahora estoy despierto, completamente despierto.

NOTARIO. — ¿Tal vez algún desengaño?

CONDE. — En efecto: he descubierto una nueva falsificación de la gratitud!...

FERNANDO SERRAT Y WEYLER

EL CAMAFEO

MIENTRAS corrió su primera juventud, Antón Carranza se creyó nacido y predestinado para el arte. El arte le atraía como el acero al imán, y le fascinaba como el espejuelo á la alondra. Donde sus ojos encontraban una línea elegante, una forma bella, un tono de color intenso y original, allí se quedaban cautivos, en éxtasis de admiración, mientras luchaban en su alma noble, pena de no haber sido el creador de aquella

hermosura, y una ilusión arrogante de llegar á producirla mayor, más original y poderosa, por medio del estudio y el trabajo.

Años y desengaños necesitó para adquirir el triste convencimiento de que carecía de inspiración, de genio artístico. Sus tentativas fueron reiteradas, insistentes, infructuosas. Crisparonse en vano sus dedos alrededor del pincel, de la gubia, del palillo, del buril, del barro húmedo. Si no podía ser pintor ni escultor, á lo menos quería descollar como adornista, como grabador, como tallista; por último, desesperanzado ya, intentó resucitar los primores de orfebrería de Benvenuto Cellini; y si bien por cuenta propia no hizo nada digno de eterno loor, con la joyería, su vocación artística desalentada, se convirtió en provechosa especulación industrial: se asoció á un joyero de fama, montó el taller á gran altura y se dedicó á negociar, escondiendo la incurable herida de su ardiente aspiración y de sus mil fracasos.

El joyero que recibió de socio á Antón Carranza tenía una hija, cuyo enlace con el artista fué base de la nueva razón social. Luisa, la esposa de Carranza, no era bonita, ni aun agraciada: la desfiguraban, su tez amarillenta, sus facciones angulosas y una cojera muy visible. Carranza, con todo, aceptó el trato sin repugnancia alguna; su futura le inspiraba, á falta de sentimientos más vehementes, simpatía y cariño. Como suele suceder á los hombres excesivamente poseídos de la fiebre artística, desconocía Carranza otras pasiones; la mujer era para él una necesidad momentánea, y el matrimonio, una prudente garantía de paz y de afecto. Casóse, pues, satisfecho y tranquilo, y se condujo como un marido bueno y leal.

Rico y en situación de satisfacer sus caprichos, Carranza rebuscó y adquirió preciosidades; ya que no acertaba á modelar estatuas, las hizo desenterrar en Nápoles y Grecia, y pudo colocar en su despacho - taller un lindo *Fauno,* una curiosa *Belona* policromada, encanto de los arqueólogos, y varios fragmentos de mérito é interés.

Conocida su afición, presentáronle los vendedores, medallas de relevado cuño y piedras grabadas, y entre varios ejemplares que no rebasaban del límite de lo usual y corriente, la lúcida ojeada del artista malogrado, descubrió un camafeo griego que desde luego reconoció y disputó por pieza única tal vez en el mundo. Ni el famoso contemporáneo de Alejandro, que representa á Psíquis y el Amor; ni la Venus marina, de Glicón; ni la célebre sardónica de la galería Farnesio, podían eclipsar á aquel sencillo camafeo, que sólo ostentaba una cabeza de mujer, ó mejor dicho, de diosa. La ignorancia relativa del traficante cedió la divinidad á Carranza por un precio irrisorio, atendida la importancia del camafeo, y Antón Carranza, dueño del inestimable tesoro, lo guardó con transporte en una caja de malaquita y pedrería, de donde lo sacaba mañana, tarde y noche, para contemplarlo á su sabor.

¡Qué sobriedad y pureza de líneas, qué misteriosa vida respiraba aquella cabeza! Cuatro rasgos, unos planos que apenas se indican, unas superpuestas capas de ágata que se matizan insensiblemente y una obra maestra, digna de conservar un nombre al través de los siglos, una obra que fija y encarna la idea de una beldad sublime, ¿Por qué no había acertado jamás él, Antón Carranza, á concebir nada que se asemejase á aquel camafeo prodigioso? Una obra así bastaría para hacerle feliz toda la vida, colmando su anhelo y realizando su destino...; y nunca, nunca de sus dedos torpes y su estéril fantasía había de brotar algo que se pareciese al camafeo!

Su entusiasmo por la piedra adquirió carácter extraño y enfermizo. Con fijeza más propia de la perturbación mental que de la cordura, pasábase Carranza horas enteras, mirando el portento y tratando de explicarse qué secreta fuerza, qué rayo luminoso llevaba en sí el desconocido que hacía tantos siglos produjo aquel encanto. Quizás ni él mismo sospechó el valor de la huella genial que imprimió en la dura ágata su diestra paciente y firme. Quizás, alguna joven de Mitilene ó de Samos, lució en el anular ó colgó á su garganta el camafeo, sin conocer que poseía una riqueza ideal. Ni los que lo habían desenterrado y vendido ahora, en el siglo XIX, comprendieron lo que tenían entre manos. El primer verdadero poseedor de la joya, era Antón Carranza... Y en arrebato nervioso de desordenada pasión, Carranza pegaba los labios al camafeo, lo estrechaba contra su pecho, queriendo incrustarlo en él, adherirlo á su carne...

Notó por fin Luisa, y notaron todos los de la casa, dependientes y amigos, clientes y corresponsales, alarmantes síntomas en Antonio; y los que le veían de cerca se asustaron de su afición á la soledad, su hábito ya adquirido de encerrarse á deshora, su silencio en la mesa, y le tuvieron por maniático, opinando que los intereses comerciales de la sociedad peligraban en su poder. Era para Luisa doblemente triste que se hubiese anublado la razón de su esposo, ahora que, cumplidos sus más dulces deseos, se sentía en cinta y soñaba en el momento inefable de estrechar á la criatura que esperaba... Consultado el médico acerca del estado de Carranza, y habiéndole observado despacio, con persistencia y disimulo, su fallo fué terrible: tratábase de un caso de monomanía tenaz, acompañada de graves desórdenes en las funciones del hígado y del corazón; y para salvar la razón y acaso la vida del enfermo, era preciso encerrarle sin tardanza en una casa de salud, sujetándole á un método riguroso.

No hubo más remedio que acceder, y Carranza, una mañanita, fué conducido al triste asilo donde, separado de los que le amaban, iba á verse abandonado del mundo... Con peregrina indiferencia se dejó llevar el maniático; tenía consigo el camafeo, y nada más necesitaba para ser dichoso en las regiones de sus delirios. Luisa iba á verle con frecuencia; pero se interrumpieron sus visitas cuando llegó el esperado trance; el nacimiento de una niña puso su existencia en peligro, dejándola semi paralítica y sujeta á ataques dolorosos, que transcurrió largo tiempo sin que pudiese ver al pobre recluso. Decía el médico que Carranza mejoraba y pronto saldría de su encierro; pero corrían meses y años y no llegaba el momento feliz.

Luisa, que amaba á su marido tiernamente, no tenía otro consuelo sino ver desarrollarse á su hija, y envanecerse de su sorprendente hermosura. La niña, en efecto, era una perla. No se parecía á su madre ni á su padre: ni el más mínimo rasgo de sus facciones recordaba á los que la habían dado el sér. Las líneas de su rostro, puras y correctísimas, desesperarían á un escultor, por su incopiable elegancia y delicadeza; y los rizos que se agrupaban sobre su frente y caían sobre su cuello torneado, tenían una colocación graciosa y noble, como sólo la obtiene el arte.

Un día, Luisa, sintiéndose algo aliviada, se metió en un coche con su hija y se apeó á la puerta del asilo. Al penetrar en la habitación que ocupaba su esposo, al mirarle, exhaló un grito de terror y pena: pálido, demacrado, con la mirada fija, Carranza contemplaba un objeto, y de esta contemplación nada podía distraerle: era el camafeo,... y siempre el camafeo. Luisa comprendió con espanto que el enfermo no la reconocía, y herida en el alma, guiada por su instinto de madre presentó, elevó en alto á la niña. Carranza dejó caer sobre ella una mirada indiferente; de súbito, sus ojos se animaron, brillaron, recobraron la luz de la inteligencia y del

amor; sus brazos se abrieron, sus dedos soltaron el camafeo mágico y fatal, sus lágrimas brotaron, y, como el que se despierta, corrió hacia su mujer y su hija... Acababa de advertir que la faz de la niña era la misma faz de la diosa grabada en la piedra dura... y comprendía que; sin saberlo, había prestado sér y realidad, carne y hueso, á una belleza soberana!

EMILIA PARDO BAZÁN

LA CONCHA DE SAN SEBASTIAN

No se trata de una mujer, nada de esto; aunque lleve nombre de tal. Hago la salvedad, por si alguno que la desconoce creyera hallar en ella cierta analogía con... la Dolores de Calatayud, verbigracia. A bien que difícilmente ocurrirá ese caso; si popular y renombrada es la una, no le va en zaga la otra. Antes de que el malogrado Felíu y Codina, con su galana pluma, y Bretón, con su inspirada música, idealizaran á la maritornes aragonesa, la moda había pregonado las excelencias de la famosa playa vascongada.

Conste, pues, que la Concha á que me refiero, no tiene de mujer sino el nombre; nombre muy bonito, por cierto, y al que en mis buenos tiempos profesé gran veneración; cosa que importará pôco á mis lectores, por lo cual callo el motivo.

Para todo se necesita suerte en este pícaro mundo; con ser tan extensa la playa que limita nuestra península, un pedazo exiguo de ella logró avasallar á la restante, que contempla envidiosa la preferencia de que hacen objeto á su diminuta rival los españoles de cierta categoría, precisamente aquellos que dan el tono en cuestión tan importante. Y está visto, que la fortuna ha querido favorecer á la pequeña playa, en perjuicio de las demás; hoy, ninguna persona de arraigo... y posibles se acuerda de que exista otro mar que el de la Concha, ni otro punto veraniego que San Sebastián. Hablando francamente y sin pasión, les alabo el gusto, con permiso de las perjudicadas: como yo pudiera,— léase si lo permitiera mi bolsillo, — seguiría esa emigración hacia el Norte, para recrearme en *dolce far niente* durante un par de meses, y compartir con sus habituales parroquianos las delicias de aquel anticipado paraíso. Porque, no admito discusión, se está allí á las mil maravillas; sobre todo, desde que así se dispuso de R. O.: quiero significar desde que la Corona se fincó en aquella amena orilla y el niño Rey se entrega á las diversiones propias de la edad, en sus salutíferas arenas. La temporada es corta; pero de provecho. ¡Como que sin moverse de la playa, disfruta uno del espectáculo más variado y pintoresco que cabe imaginar! Yo sé decir de mí, que me pasaba las horas muertas, embobado en la muda contemplación de tanta hermosura como pululaba en torno mío. Aludo á la de las mujeres, por supuesto. ¡Qué bonitas todas! Al menos, todas me lo parecían, por la elegancia del traje y la distinción de sus maneras, factores extraordinariamente principales en ese hermoso producto de la naturaleza á que los hombres, incluso mi humilde persona, tenemos loca afición. La mayor parte eran madrileñas, y aristócratas de pura sangre, por añadidura. Claro; San Sebastián, en Agosto y Septiembre, es una pequeña Corte; la

Concha, á determinadas horas del día, hace veces de Prado ó Castellana, y al entrar en el Gran Casino, se respira atmósfera de grandeza, cual en los más espléndidos salones de Madrid.

Abrigo la seguridad de que no volveré á disfrutar otro verano, como el de marras, por varias razones: la primera, y bastará con ella para que me entiendan ustedes, porque un viejecillo de tal naturaleza viene á ser alimento muy pesado para estómagos débiles. Me costó todo un invierno de digestión, ó si se quiere abstinencia. Tras el derroche, la economía forzosa.

Vale la pena de efectuarlo en primera y con alojamiento apalabrado; pero cuesta un ojo de la cara. Viaje de infinito placer á la ida; pero del que muchos vuelven con dolor de costado... y en tercera, á falta de otro medio más económico.

No hablo solamente por mí, que al fin hice el viaje solo... y volví ídem; aludo á indeterminadas familias que sacrifican á la satisfacción de algunas semanas el bienestar del siguiente invierno. La moda, bajo cuyo imperio viven, les lleva, sin poder, á donde van los que pueden, y... naturalmente, el término de la jornada suele estar henchido de amarguras, en forma tangible de acreedores.

Lo cual significa que en San Sebastián, durante la época de fiebre cortesana, no es todo oro lo que reluce... Se me ofreció ocasión de tratar á un alto empleado que se gastó en un mes el sueldo del año; el que figuraba en nómina, se entiende. Tenía una esposa y unas hijas capaces .. de comer patatas los otros once, á trueque de codearse por espacio de treinta días con lo mejorcito de la nación. Y á este tenor, se hallarían docenas de docenas. La vanidad razona poco y mal;... de aquí que los vanidosos se dejen arrastrar por ella, á costa de cualquier sacrificio... veraneando á lo príncipe, á pesar de que en su bolsillo no hay cinco céntimos sobrantes, si por casualidad se les ocurre socorrer á un mendigo. ¡Y á fe que los donostiarras no saben explotar á los forasteros! A ellos me refería antes, cuando, á propósito del viaje, dije que costaba un ojo de la cara. En los momentos de efervescencia, las habitaciones alcanzan precios fabulosos, más altos, si á mano viene, que el valor de la finca. ¡Pues digo, en tocando á ciertos artículos!... No lo repruebo, al contrario; considero natural que hagan su Agosto... y buena parte de Septiembre, fundados en la misma razón que asistía al posadero del cuento, para cobrar á no sé que rey una cantidad fabulosa, por un par de huevos. — ¿Tanto escasean? — le preguntó el monarca. — No, señor; — respondióle el rústico: — los que escasean son los reyes.

Desgraciadamente para los que, próximos á ver agotados los beneficios de la temporada anterior, esperaban cubrirse el riñón en la actual, cabe profetizar que se les aguará la fiesta. Pensando con cordura y según las noticias que nos participa la prensa bien informada, SS. MM. y AA. no se bañarán este año en la Concha; caso de que haya jornada, irán no más á la Granja. ¡Vaya una contrariedad de tomo y lomo para los que ya echaban cuentas sobre ganancias casi seguras! ¡Cómo renegarán de los yankees y de su cacareada visita á nuestros mares! Porque, no yendo allá la Real familia, gran parte de la nobleza brillará por su ausencia, y la población flotante... de oro y de dublé, disminuirá no poco; resultando la cosecha en espectativa, escasa y de dudosa calidad.

Véase por donde, la Perla del Cantábrico, sin ser plaza fuerte, ni figurar en el programa de los belicosos alardes norteamericanos, experimenta los crueles efectos de un bombardeo moral. ¡Y en qué ocasión! cuando el cielo enviándonos un calor ecuatorial se empeñaba en favorecerla.

¡Verdad es que no necesitamos bañarnos... para estar frescos!

C.

RAMON CASAS

UNA CHULA

Exposicion Y. Robira